

## **El segle de les grans barbàries**

El despertar del nou segle XXI que tantes expectatives va aixecar pel que fa als desafiaments que les Nacions Unides es van plantejar per vèncer la guerra, la fam i les misèries que fuetegen la humanitat des dels inicis de la Història, no ha significat un avenç en la consecució d'aquests objectius. Ni de bon tros. I davant d'aquest resultat, no podem sinó preguntar-nos per què aquest segle hauria de ser millor que els anteriors, posat que el gènere humà segueix ancorat en els seus instints més primaris, tot i que fem gala de civilització avançada. Sense necessitat de remuntar-nos a les barbaritats del passat, n'hi ha prou a fer una ullada a aquests primers deu anys per adonar-nos que si en el segle XX els mals de la Humanitat venien marcats per les guerres, el subdesenvolupament i les malalties, avui, la revolució numèrica, els avenços en investigació, i tot això de la mà de les noves tecnologies —segell identitari d'aquesta nova època—, no han aconseguit modelar els valors ètics, els criteris culturals ni les actituds individuals ni col·lectives en favor d'un món sense guerres, sense fam i sense injustícies.

### ***Fons de política internacional Carlos Nadal***

Recull d'articles publicats per Carlos Nadal a *La Vanguardia* entre els anys 2000 i 2010

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# Un día cualquiera de agosto

Jueves, 9 de agosto, una jornada veraniega como otras. Hojéé periódicos, escuché la radio, vi algún telediario. La noticia internacional de más calibres era la matanza de Jerusalén. Dieciséis muertos y más de cien heridos en una pizzería de la ciudad. Una vez más, la rutina del terror. Un hombre bomba, joven, sacrificó su vida por vengar la de tantos palestinos víctimas de la represión israelí. Algún responsable occidental habló de la necesidad de un "esfuerzo internacional inmediato". No pude evitar pensar más bien en la próxima respuesta de Israel. La que el Gobierno de Ariel Sharon, reunido precisamente el mismo jueves, habría decidido ya. Tal vez ejecutada cuando se publiquen estas líneas. La escalada sistemática de la barbarie.

Una barbarie que se sirve de métodos ultramodernos, porque Israel es un Estado moderno, aunque en demasiadas cosas parece no serlo. Contra él —lo vi, lo oí en el televisor— jóvenes palestinos se preparaban (mejor dicho, los ejercitaban) para el martirio voluntario, pensando que morirán por Alá e irán a su cielo. En un reportaje televisado, los padres de otro muchacho que murió como hombre bomba se mostraban tristes por la pérdida de uno de sus seis hijos, pero gratificados por la valiente muerte que le ha convertido en mártir.

Repito: la rutina de la muerte, del terror, de los verdugos y las víctimas de una guerra a la que no se llama guerra. Suscita hasta en esto, ya que la devalúa. Una historia que se remonta a 1948, con el nacimiento del Estado de Israel. A principios del siglo XX. Originariamente a mucho antes. La inacabable cuestión judía. Hay por medio las cuentas interminables de un rosario de vindicaciones, odios no satisfechos. Y el fuego de la ira santa, atizado en mentes jóvenes, en gentes crédulas, por quienes hacen sus cálculos de poder y, en más de un caso, de beneficios ilícitos. O por su cobardía. El contraste de los Barak, Sharon y Arafat con Anuar El Sadat e Yitzhak Rabin, que por la paz pagaron con la vida.

Seguí con las noticias del jueves, 9 de agosto. "El UCK da su golpe más sangriento", titulaba "La Vanguardia". Diez militares macedonios muertos por la guerrilla albanesa. La misma guerrilla que en los días de la violencia serbia en Kosovo pasaba por justificada defensora de la población albanesa de la provincia, la víctima. Como tal fue tratada por la OTAN, al entrar en tierra kosovar. Con improvisada tolerancia. Sin desarmar de verdad a los grupos de guerrilleros. Y ahora tocan las consecuencias en



ASTROMJUFF

Macedonia. El jueves pasado se informaba de que diez soldados macedonios fueron muertos por hombres del UCK. Días antes, miembros de la guerrilla albanesa corrían la misma suerte por el fuego de la policía macedonia en Skopje.

Es la guerra de Yugoslavia que sigue. La que comenzó entre Serbia y Croacia y continuó en

Bosnia, en Kosovo. Los bombardeos de la OTAN acabaron con el poder del ex presidente Milosevic, que ahora espera en una prisión de las cercanías de La Haya a ser juzgado por crímenes de guerra. Y en Liubliana, Zagreb y Belgrado hay gobiernos democráticos. Pero el conflicto de la disgregación de Yugoslavia colea. La ira de la supuesta vecindad malquista, de la convivencia mal sufrida. El UCK luchaba —es un decir— en Kosovo porque los albaneses eran mayoría. En Macedonia porque son minoría. Étnica, cómo no. Lingüística, por supuesto. Y religiosa, no faltaba más.

Mientras tanto, la OTAN se arma de paciencia. Ampara negociaciones de paz, obtiene "garantías formales" y ofrece a ambas partes "garantías verbales". Hay una sucesiva fijación de plazos. ¿Entrega de las armas del UCK antes de acordar más derechos culturales y políticos para los albaneses? ¿O primero los acuerdos y después el desarme? De momento, un plazo más para el acuerdo: mañana, lunes, en la línea de lo conseguido por Javier Solana el día 5.

¿Entregar las armas? En esto mismo están en el Ulster. Otra larga, despiadada guerra sucia. Irlandeses de origen gaélico contra irlandeses de origen inglés y viceversa. Agravios históricos, culturales. Y pugnas religiosas. Católicos, unos. Protestantes, los otros. Cristianos contra cristianos. ¿En el tercer milenio! La edición de "La Vanguardia" del día 9 titulaba sobre este conflicto: "Gerry Adams advierte que el colapso de la autonomía de Irlanda del Norte es inminente." Quería decir que estaba en juego la paz obtenida laboriosamente el Viernes Santo de 1998 —en suspenso por el litigio casuístico de la entrega de las armas por el IRA—, después de cuarenta años de lucha armada sin piedad en un conflicto que cabe remitir a principios del siglo XX, al combate por la independencia de Irlanda y, más atrás, a los siglos XVI y XVII.

Y Argelia. Otra tierra de dolor, prácticamente desde la guerra de independencia de 1954 a 1962. De violencia del poder y de la subversión. ¿No son suficientes cien mil muertos desde que los islamistas del FIS se levantaron en armas por haberseles escatimado la victoria electoral de 1991? En nombre de la religión o de un poder que fue implacable dictadura militar con Bumedién y que lo sigue siendo de hecho bajo la presidencia de Boutefflika han pasado diez años de tan diabólica difusión del crimen que resulta difícil deslindar quién mata. Guerra sucia también. Encanallada.

Desde abril, una brecha se abre contra el régimen corrupto que ahoga al país. La protesta del pueblo de la Cabilla que, además de exigir res-

peto a sus diferencias culturales, plantea reivindicaciones sociales comunes a todo el país. También en este caso el retroceso hacia un pasado lejano. La identidad racial bereber que fue islamizada hace siglos. Y la respuesta represora del régimen, que ve desvirtuarse, en la figura de Boutefflika, su aparente versión aperturista y anticorrupción. Y la imagen del régimen como supuestamente necesario para contener el fanatismo islámico. El jueves día 9 se informaba de que la víspera a miles de manifestantes cabileños les cerró la entrada en Argel un muro de tanquetas, escudos y armas de las fuerzas antidisturbios.

En un día cualquiera de agosto del 2001 quedaba patente la perduración viva y cruel, la cerrazón primaria, en nombre de reivindicaciones de identidades supuestamente puras e irreconciliables de la que España no se ve libre por causa de ETA y

## EN CINCO NOTICIAS

aparece el contraste entre

la barbarie de conflictos

regresivos y la apertura

a retos del salto a otra era

su entorno brutalmente violento y antidemocrático, dispuesto a imponerse por el terror como un poder paralelo.

Anacrónicas fuerzas regresivas de diverso signo continúan activas o difícilmente se avienen a darse por acabadas, precisamente cuando el ginecólogo italiano Severino Antinori y el biólogo greco-norteamericano Panayotis Zavos se disponen a practicar la clonación humana. Un salto de impredecibles consecuencias que ha levantado innumerables rechazos, pero que sin discusión coloca a la humanidad ante uno de sus límites extremos. El de la posibilidad de modificarse genéticamente a sí misma, provocando un cambio antropológico. Ahí sí que empieza algo para debatir en profundidad. Algo que empuje tantas primarias discordias sangrientas, amparadas en motivos de identidad racial, religiosa, de lengua y cultura. Ha empezado una nueva era y cunde todavía la resistencia a entenderlo. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# Hace diez años, la URSS...

**A** las dos de la madrugada del 21 de agosto de 1991, en el aeropuerto moscovita Vnukovo II, descendían de un avión especial el presidente de la URSS, Mijail Gorbachev, su esposa e hija y otros acompañantes. No se sabía muy bien si el presidente regresaba a la capital como vencedor o como vencido, como escapado de una trampa o como participante por activa o pasiva en el fracasado golpe de Estado que habían protagonizado algunas de las más altas jerarquías soviéticas.

La URSS acababa de estar a un paso de vivir una tremenda regresión hacia el inmovilismo de un sistema envejecido e incapaz, que ya había recibido su golpe de gracia con la derrota militar de Afganistán en 1988. Todo vacilaba en el imperio soviético. A la desaparición del pacto de Varsovia después de la caída del muro de Berlín sucedía el impulso de fuerzas centrífugas de las repúblicas federadas soviéticas. Moscú perdía el control de la inmensa variedad étnica, lingüística y cultural de la Unión Soviética.

Gorbachev propugnaba reformas estructurales absolutamente imprescindibles si se quería sacar a la URSS del anquilosamiento al que la habían conducido los conocidos como "años de estancamiento", comenzados durante el largo mandato presidencial de Breznev y llegados posteriormente a su momento de mayor declive gerontocrático bajo los breves periodos de gobierno de Andropov y Chernenko.

Gorbachev era el hombre nuevo. Quiso, tarde, remover las aguas estancadas del régimen soviético. Tenía, no muy definido, un programa reformista que se expresaba en dos palabras que llegaron a parecer mágicas: "Perestroika" (renovación) y "glasnost" (transparencia). Inicialmente tenía visos de cierta semejanza con el despotismo ilustrado del siglo XVIII. Algo como revolución desde arriba, dirigida, debidamente encadenada para impedir el desmadre. Pero acabó siendo como abrir el odre de los vientos. Resultó que el régimen estaba más enfermo de lo que parecía, que tras los muros de aquel edificio imponente que se daba como construido para durar mil años había una realidad degradada y sin futuro.

Gorbachev se había propuesto especialmente tres objetivos. Uno, interior, de progresiva liberalización y democratización. Otro, de cara a la federación, para darle mayor solidez con iniciativas de auténtica descentralización. Por último, propiciar en el campo de las relaciones internacionales una apertura a Occidente, poner fin a la guerra fría.

Pero Gorbachev quería gradualidad, que la "perestroika" y la "glasnost" crearan poco a poco las condiciones para sacar al país de la asfixia sin descomponer la estructura básica del Estado. Que la Unión Soviética encontra-



ASTROMIOF

ra cómo combinar unidad y variedad. Y que aproximarse a Occidente no le supusiera abdicar de su condición de superpotencia.

En todas estas cuestiones los acontecimientos fueron más allá de lo deseado por Mijail Gorbachev. En setenta años de existencia, la carcoma de sus vicios, muchos de origen, otros acumulados con el tiempo, había debili-

tado los pilares del régimen soviético. El terrorífico accidente de la central nuclear de Chernobílov daba la medida del desastre y de cómo su magnitud era susceptible de recaer sobre toda Europa. Ya no se temía a la URSS por su poder nuclear, sino por los efectos de su descomposición.

El fallido golpe involutivo del 19 de agosto de 1991 fue el detonante de la descomposición. La encerrona de Gorbachev en su dacha estival de Crimea dejaba el camino abierto para que los acontecimientos se precipitaran. Y hubo quien supo aprovechar la ocasión. Boris

Eltsin, elegido en marzo de aquel año presidente de Rusia, apareció como el líder vigoroso capaz de trincar la conjura y terminar con las ambigüedades de Gorbachev. La imagen de Eltsin arrojando a la gente a cortar el paso a la regresión, encaramado en un tanque, recorrió el mundo. Un Gorbachev disminuido políticamente fue quedando al margen ante la audacia eltsiniana. Acontecimientos sucesivos provocaron el fin del régimen comunista y la desintegración de la URSS.

En los días en que se cumplen diez años de aquel agosto en Moscú no importa tanto entrar en las causas que provocaron la sorpresa histórica de la desaparición del comunismo en Europa y de la Unión Soviética como en cuáles han sido sus consecuencias. Apunta el temor de que a un sistema que se predicaba único portador de las leyes de la historia haya sucedido, con signo contrario, otra versión político-económica, supuestamente irremplazable por fiel a la naturaleza misma de las cosas.

Al sistema cerrado del comunismo soviético se contraponía siempre la oferta de la sociedad abierta de las democracias capitalistas. Era una dualidad sólo aparentemente maniquea. El New Deal rooseveltiano en los años treinta del siglo pasado y el desarrollo del Estado de bienestar en la Europa occidental posterior a la Segunda Guerra Mundial ofrecían una tercera vía que condujo paralelamente a un desarrollo económico sin antecedentes y a la proliferación generalizada de la paz social, la seguridad y la prosperidad de la ciudadanía. La salvaguarda del capitalismo estaba en su capacidad de reconducir sus métodos.

La teorías de Marx y su aplicación radical

por Lenin y Stalin extremaron la politización total de la sociedad. El partido único tenía que penetrarlo, absorberlo todo: economía, cultura, deporte, ciencia. Y el mismo voluntarismo con que se quería motivar, activar a la sociedad acabó produciendo inercia, inhibición y rutina. El Partido, así, con mayúscula, paradójicamente vació de contenido político a una sociedad que se daba por encaminada ineludiblemente al fin de la historia.

Y ahora, en las democracias avanzadas, es para alarmar que Fujiyama haya podido hablar también de fin de la historia, como si el desarrollo insólito de las tecnologías modernas al servicio de un gigante capitalismo de la producción y de las finanzas sin fronteras fuera el fin en sí que Kant, el gran pensador de la ilustración, atribuía al ser humano.

No hay en las verdaderas democracias actuales partido único. Pero sí una creciente aproximación ideológica de los grandes partidos en relación con el predominio de los intereses económicos. Esto los acerca peligrosamente a la ausencia de verdadera alternativa

## EL GOLPE

involucionista de 1991 fue

el comienzo de un cambio

histórico cuyas consecuencias

son de viva actualidad

política. Con la posible consecuencia, nada deseable, de indiferencia y dejación de responsabilidades por parte de la ciudadanía.

Especialmente cuando la mundialización contribuye a debilitar la función de los estados, que, en muchas de las verdaderas democracias, habían llegado a acercarse mucho al cumplimiento de su misión como garantes de los derechos de la persona en un sentido muy amplio. Y cuando, al mismo tiempo, son escasos los indicios de que se vaya a la sociedad civil internacional que propugnaba el filósofo alemán del setecientos.

Hay quien dice que el muro de Berlín cayó hacia la parte occidental. Es una deformación que no ayuda a una reflexión a fondo sobre las derivaciones imprevisibles de aquel golpe fracasado en la URSS, que indudablemente influye en nuestro presente. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# Termina una vergüenza de Europa

**N**o es fácilmente llevadero olvidar a los 3.600 muertos y a los 33.000 heridos resultantes de los treinta años de terrorismo en el Ulster. ¿El precio de la paz? Cuesta aceptarlo. Ocurre que resultan inocuas todas las explicaciones, los análisis sobre el porqué y el cómo de una tan larga historia de crímenes terroristas, de los avatares que han llevado a hacer irreconciliable la vecindad de católicos y protestantes en el seno de un mismo barrio, de los dos lados de una calle. El odio y el miedo enraizados en las dos mitades de una sociedad. La incompatibilidad será duradera en los corazones y en las mentes, por lo cual resultan razonables los temores de que tarde la desaparición total y definitiva de la violencia. Pero, por suerte, el camino emprendido parece irreversible.

Europa ha sufrido dolorosas, crueles secuelas de la guerra fría. Los episodios terribles de las luchas por la independencia de Croacia, por diferencias de religión y supuestamente étnicas en Bosnia y Kosovo. La caída del telón de acero reveló heridas no cerradas posiblemente desde los años de la ocupación nazi. Se llegó a hablar de usatachs y chetniks como en la Segunda Guerra Mundial.

La Europa occidental comunitaria, que había dejado muy atrás la pesadilla de las guerras entre estados, se enfrentaba de pronto con enseñamientos que parecían de una época lejana. Y se entendió con esperanza, tal vez con buena dosis de ingenuidad, que la OTAN, de la que muchos se preguntaban por su razón de ser después de la caída del comunismo en Europa, la tenía todavía como instrumento para imponer la paz y arbitrar soluciones de convivencia. Que Milosevic fuera entregado al Tribunal Internacional de La Haya ponía un justo punto final a genocidios y crímenes de guerra que recordaban a los de la época de Hitler.

Pero esta Europa recobrada ha seguido manteniendo dos conflictos no en la periferia, sino en el corazón de su lado atlántico: el terrorismo en el Ulster y en el País Vasco. Un

permanente escándalo cuando en la Unión Europea han desaparecido las fronteras y entrará en uso la moneda única prácticamente dentro de dos meses.

Son bárbaras formas de terrorismo que pretenden remitirse inexcusablemente a contextos inexistentes desde hace muchos años. Nada menos que los del franquismo en Es-



ASTROMUJIFF

paña y los de la lucha contra los británicos y la consecución de la independencia de Irlanda en 1920.

Por sus causas, las motivaciones políticas y las maneras de su desarrollo, ETA y el IRA no admiten otra semejanza que ser organizaciones terroristas. Las empareja únicamente que se trata de dos anacronismos enquistados en una Europa en la que resultan totalmente extrañas, encerradas en el círculo vicioso de la violencia.

Que el IRA haya decidido la entrega de las armas quiere decir que entra en periodo de

desaparición de una de las dos anomalías. Es lamentable que para llegar a la conclusión de que matar con fines políticos es intrínsecamente reusable haya habido que vivir en la Irlanda del Norte tan largos años de terror organizado, enfrentamientos sangrientos entre dos comunidades cristianas y la intervención del Ejército británico. Con episodios sombríos como el siniestro "domingo sangriento" de 1972 en el que murieron catorce civiles. Había algo esencialmente maldito en la persistencia criminal del IRA y de maligna, enraizada soberbia en los radicales unionistas británicos.

El camino para salir del círculo infernal se pudo comenzar a andar desde que se hizo evidente que el gobierno de una Irlanda incorporada a la Unión Europea y en fase de insólito crecimiento económico vivía como una rémora el problema del Ulster, y los gobiernos de Londres, acabada la obstinación absurda de Margaret Thatcher, entendieron que Belfast y los cinco condados norirlandeses permanecían enfangados con penosa e innecesaria responsabilidad.

Se iniciaba un actualizado enfoque neoeuropeo de un resto incomprendible de los antiguos enrocamientos soberanistas. Y mucho contribuyó la aportación mediadora norteamericana con la que también Estados Unidos empezaba a cancelar su trasnochada visión de Europa, forjada en una supuesta misión liberadora de pueblos. También porque la creciente diversificación inmigratoria permitía relativizar la influencia de la numerosa minoría de procedencia irlandesa sin defraudarla. Apostando por un arreglo satisfactorio para las dos partes en el Ulster.

La Europa más europea, menos cantonal, y Estados Unidos, con el amplio campo visual de su condición de única superpotencia mundial, convertían al conflicto del Ulster en un escándalo intolerable. Por esto se obtuvieron los acuerdos del Viernes Santo de 1998 (10/IV/98).

Por desgracia, todavía el brazo político republicano, el Sinn Fein, se reveló condicionado por el brazo armado, el IRA, y éste por su sector más radical, el llamado IRA Auténti-

co. Esto desbarató el resultado de los acuerdos y el atentado de Omagh causó la muerte de 29 personas, entre ellas dos españoles. Comenzó un sucederse insensato y desesperante de desenlaces, rupturas, atentados como el del IRA en Londres, en el pasado mes de agosto, y la bomba lanzada el 5 de septiembre por los leaístas contra un grupo de escolares católicos en Belfast.

Eran, es de esperar, los últimos coletazos del horror que así acababa de mostrar su faz insostenible. El pasado martes el IRA aceptaba entregar las armas, condición indispensable para que se cumplan por fin los acuerdos de 1998. Acuerdos que si pueden ser punto de partida para propósitos de integración del Ulster en la República de Irlanda por la vía democrática, como expresamente lo ha dicho Gerry Adams, li-

## EL TERRORISMO EN EL

Ulster era, con el de ETA, una  
bárbara mancha anacrónica

en el corazón de la Europa  
comunitaria moderna

der del Sinn Fein, inicialmente establecen un autogobierno compartido, limitado y colocado a caballo entre la soberanía británica y la creación de lazos interactivos con la república de Irlanda. Todo lo contrario de la reductiva política de segregación.

Es una solución cosida con filigranas, imprescindible para terminar un conflicto de irritante empujamiento cuando los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono de Washington, la guerra de Afganistán y la amenaza del ántrax en varios estados norteamericanos obligan a hacer frente a un terrorismo de alcance mundial que altera todas las previsiones sobre los antagonismos o confluencias ideológicas y político estratégicas de nuestro tiempo.

A partir de ahora, sólo la mancha ominosa del terrorismo vasco, por tantas y tan flagrantes razones más falta de ellas para su existencia que el del IRA, mantiene en plena Europa comunitaria el crimen como arma contra la libertad, la democracia y los derechos humanos. Es de esperar que la nueva situación mundial impulse medios para acabar con esto. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# Del nacional arabismo al islamismo

**G**amal Abdel Nasser, líder de la revolución de Egipto que comenzó en 1952, tenía una cuadruple concepción de ésta. Era nacionalista, laica, reivindicativa respecto a Occidente y arabista. No islamista. Más bien al contrario. Perseguió a los Hermanos Musulmanes porque la revolución egipcia quería poner al país a la altura de la modernidad. Y lo hacía buscando connotaciones estatistas, socializantes y el acercamiento a la Unión Soviética en el espacio de no alineación que dejaba escasamente abierto el enfrentamiento Este-Oeste de la guerra fría.

Nasser hablaba de Egipto como núcleo de tres círculos concéntricos: Egipto, panarabismo, panafrikanismo. El régimen establecido en El Cairo había de ser revulsivo de un amplio rechazo del imperalismo occidental, del colonialismo. Las fracasadas uniones con Siria y Yemen tenían por objeto reforzar la base de este movimiento liberador y de autoafirmación. Luego, el golpe militar regicida de Irak había de inspirarse en el nasserismo. Y, en una línea semejante, el partido laico y progresista Baas se impuso en Siria e Irak. La revuelta y guerra de liberación del FLN argelino contra Francia recibió impulso y ayuda en el ejemplo de la revolución egipcia. Lo mismo puede decirse, en origen, del golpe militar que derribó al rey Idriss en Libia. Arabizar, en esta dirección, no quería decir en absoluto proponer un salto atrás, buscar afirmación de identidad en la restauración de la pureza de las raíces religiosas y culturales del pasado. Suponía deshacerse de lo que había de lastre en la tradición. En cierto modo, como había hecho la URSS, pretendía quemar etapas para colocar a una sociedad casi feudal en la era industrial. La construcción por los soviéticos de la gran presa del Nilo, en Asuán, fue símbolo de esta voluntad.

Curiosamente, paralelo a este despertar nacionalista y arabista al mismo tiempo, desde 1948 el Estado de Israel se forjaba sobre cimientos a la vez nacionalistas y sionistas. Con la diferencia de que bien pronto pasó muy por delante en el otro designio de los nacionalismos árabes, la modernización.



ASTROMUJIFF

El choque entre estos dos proyectos de implantación de la modernidad en jóvenes naciones fue violento. Desembocó en las cuatro guerras de 1948, 1956, 1967 y 1973 que alimentaron teóricamente el ideario del arabismo. La reivindicación nunca realizada de la supuesta "nación árabe". En tres fechas puede identificarse el declive del arabismo nacionalista. En 1967, la guerra relámpago con la cual los israelíes ocuparon Cisjordania, Gaza y los altos del Golan. En 1970, la muerte de Nasser y las jornadas del llamado "septiembre negro", la represión implacable que el rey Hussein de Jordania ordenó contra los grupos armados palestinos establecidos en su territorio. Y, finalmente, 1973, cuando el presidente egipcio Anwar El Sadat emprendió por sorpresa una ofensiva victoriosa en principio contra Israel, a la que el Ejército israelí acabó dando la vuelta en una audaz operación envoltiva.

El año 1973, que comenzó como nueva esperanza del resurgimiento árabe, llevando en cabeza a Egipto, acabó en realidad con un traspaño de liderazgo. Arabia Saudí recogió la antorcha liderando una política de presión sobre Occidente. La guerra incruenta del aumento del precio del petróleo. Con esta arma en las manos, el rey saudí forzó un giro de 180 grados al arabismo. Le dio un sentido religioso.

Como Arabia Saudí es una monarquía estrechamente vinculada al wahabismo, una tendencia rigidamente fundamentalista del islam y protectora de los santos lugares de La Meca y Medina, extendió su autoridad moral por el mundo árabe. Y utilizó la influencia política que le proporcionaba poder sufragar en todo el mundo árabe a estados nacionales, movimientos y obras religiosas, muchas veces de signo integrista y actividades terroristas. Era un doble juego de entendimiento con Estados Unidos, el gran protector de Israel, y de fomento del radicalismo islamista que tenía dos fijaciones a la contra: justamente Israel y Estados Unidos.

El audaz viaje de Sadat a Jerusalén en 1977 y la paz entre Egipto e Israel acabaron de hecho con el arabismo nacionalista. Egipto pasó a la condición de país traidor. Dos años después, la revolución islamista del ayatolá Jomeini en Irán alteraba los términos del liderazgo en el mundo musulmán. Irán era una potencia incomparablemente superior a Arabia Saudí en el área del golfo Pérsico. Le disputaba a ésta con mayor credibilidad su condición de cabeza del islamismo militante y fundamentalista. Suponía que el epicentro político e ideológico comenzaba a pasar del islamismo árabe al no árabe. La guerra entre Irán e Irak de 1980 a 1988 y la posterior ocupación por este último país del emirato de Kuwait fueron el último desesperado intento del nacionalismo arabista y laico para recuperar el terreno perdido tanto frente a la Arabia wahabí como al Irán no árabe de los ayatolá.

La guerra del Golfo de 1991 mostró dos nuevas realidades. Estados Unidos asentaba en el golfo Pérsico su enorme peso político y

estratégico de manera permanente, estableciendo bases militares en una Arabia Saudí que había demostrado su debilidad intrínseca y estar necesitada del amparo norteamericano. E Irak quedaba sometido al constante y vigilante acoso aéreo de la US Air Force. El mundo árabe perdía protagonismo. Quedaba abierto el punto de partida para un corrimiento hacia Asia central y el islamismo no árabe de una nueva y gran jugada por el poder. Por esto el conflicto palestino ha pasado a tener una incidencia subsidiaria.

Los atentados terroristas del 11 de septiembre han abierto la nueva escena de manera aparatosa y dramática. En la guerra de Afganistán sólo colateralmente se juega el futuro

---

## LA GUERRA DE AFGANISTÁN

acaba con el protagonismo

árabe en las luchas de poder

del mundo islámico posteriores

a la colonización

---

de los países árabes. En aquel Estado misérrimo y desamparado mueven sus piezas con una mezcla de recelo mutuo y de avidez compartida potencias regionales como Pakistán, Irán, Turquía, más aparte India. Estados de menor calibre como algunas ex repúblicas soviéticas del Cáucaso, y con apuestas mayores, Estados Unidos y Rusia.

En Afganistán se combate una guerra desigual, que poco tiene que ver con las que ha habido en Oriente Medio. Una guerra que ha creado súbitas alianzas expresas o tácitas de casi todos contra el más débil, que no se da por vencido y que alimenta en unos y otros segundas o terceras intenciones.

Estados Unidos y sus aliados de conveniencia necesitan una solución militar. ¿Prosperarán las iniciativas de quienes quieren un arreglo político en el que todos puedan meter baza? En todo caso, está por despejar respecto al islamismo integrista el mismo equívoco que se dio con el arabismo. Que fue más instrumento de intereses nacionales que combate por una idea superior. Algo que ahora pagan con el crecimiento del integrismo religioso, fomentado en la población por una gran decepción político-ideológica y por el estancamiento económico y social. ●

WEEKEND POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# El Imperio vuelve a tener enemigo

**E**l conflicto de Afganistán se plantea ahora en diversos planos. Están todavía por concluir los motivos de su origen: el propósito norteamericano de acabar con los talibán y capturar a Bin Laden. La descomposición del régimen de los talibán ha dejado al país en un estado de suma postración y en un caos indescriptible. Las diversas facciones quieren sacar el mayor provecho posible de la victoria que la intervención norteamericana les ha proporcionado.

Se vuelve a la situación posterior a la retirada soviética de clanes tribales y étnicas dispuestas a imponerse. El bandidaje está por todas partes y convierte a Afganistán en tierra insegura. Después de veintitrés años de guerras, matanzas, rapiñas, traiciones y continuos oportunistas cambios de campo y del paréntesis de los seis años de feroz régimen integrista de los talibán el país vuelve al mayor desorden.

Mientras tanto en Bonn, tranquila ciudad renana, la conferencia para devolver a Afganistán la paz y la buena convivencia trabaja en una cierta lejanía de la realidad tal como es en el país. La Alianza del Norte y los llamados grupos de Peshawar, de Roma, de Chipre están presentados. Pero tres de las delegaciones proceden de gente que está en el exilio, las dos últimas citadas, de núcleos minoritarios. El principio de acuerdo prácticamente conseguido a la hora de escribir estas líneas está bien diseñado. Lo que ocurra después, cuando haya que ponerlo en práctica es otra cosa. La experiencia vivida en el conflicto afgano deja claras algunas realidades de nuestro tiempo. La más notoria es que allí se ha vivido y se vive la condición imperial de Estados Unidos. Para la ONU queda en todo caso el empeño, no precisamente fácil, de intentar recomponer un país hecho pedazos. Ni derribado el régimen talibán la ONU deja de tener un papel subsidiario. ¿De qué servirían los cascos azules en un país de tanta violencia, unas fuerzas que demostraron su incapacidad en tantos lugares de conflicto? Basta recordar la vergüenza de Bosnia, donde los serbios bosnios llegaron a coger como rehén a



los cascos azules. Se habla por tanto de una fuerza multinacional sobre cuya composición y efectividad hay razonables dudas.

Sea cual sea el futuro de Afganistán allí lo que se ventila, una vez más, es la capacidad de acción y la voluntad de Estados Unidos de intervenir dónde, cuándo y cómo lo cree necesario. Es esto lo que estaba en juego en Afganistán. Todo lo demás, la situación en que quede el país, los posicionamientos de los estados de la región, de Rusia, han girado en torno a esta innegable realidad que condiciona absolutamente a nuestro tiempo, la naturaleza del poder imperial norteamericano.

Buena prueba es que Estados Unidos afirma que no pretende participar en la fuerza multinacional para la pacificación de Afganistán posterior a la caída del régimen talibán.

Lo cual no hay que tomar al pie de la letra respecto a lo que pueda durar la presencia de fuerzas norteamericanas en Afganistán. Además de que es una forma de evitar dos cosas no deseables. Una, contraer la obligación de enredarse en las cuestiones interiores ajenas a la conveniencia de Estados Unidos. Otra, dar pábulo al rechazo de la presencia militar norteamericana como fuerza de ocupación. Sólo con carácter lateral interesa en Washington cómo queda Afganistán. El orden que allí sea posible o imposible establecer. Se trataba de demostrar dónde está el poder, el precio que puede llegar a pagar quien pone a prueba la fortaleza económica, militar, política de Estados Unidos. La rapidez, la contundencia del ataque norteamericano ha sido tal que confirma su presencia determinante en el área, desde las costas mediterráneas del mundo árabe al golfo Pérsico y Pakistán, pasando por el Hindu Kush y las tierras del Amu Darya donde ya Alejandro Magno extendió sus conquistas.

La silenciosa inhibición o la complacencia expresa o tácita ante la acción militar norteamericana ha sido prácticamente total. Hasta China se ha comportado en el convencimiento de que, en definitiva, Estados Unidos hace la guerra de que nadie más es capaz. Y que le viene bien, pues también afecta al Gobierno de Pekín el integrismo islamista de la región de Xingking. Como a Moscú en Chechenia.

Terminó la era de los imperios y estamos en la del Imperio. Después de la Segunda Guerra Mundial, la Europa occidental pasó a un segundo término. Confortable, a partir del plan Marshall, pero disminuida política y militarmente. Ya Roosevelt era opuesto a la perduración de los imperios coloniales europeos. Y en 1956, Gran Bretaña y Francia hicieron un último intento para restablecer su condición imperial al desembarcar fuerzas armadas en la zona del canal de Suez, pero Estados Unidos les hizo saber que su hora había pasado. Interpuso la Sexta Flota como argumento conminatorio. Desde entonces, Gran Bretaña dejó de ser la gran potencia que imponía su ley en Oriente Medio y Francia tuvo prácticamente perdida la guerra de Argelia. La descolonización de África y Asia se produjo en inevitable efecto domo.

La guerra fría, con aspectos tan dramáticos como la competitividad nuclear y armamentista en general, marcada por momentos de aguda tensión como las crisis de Berlín y de los misiles en Cuba, escondía el hecho de que la suerte de la URSS estaba echada de antemano por la inmensa superioridad económica de Estados Unidos. Krushev lo vio claro en el curso de un viaje allí. Siempre, los dirigentes más lúcidos de la URSS entreveían que la lucha se planteaba en este terreno. El comunismo tuvo uno de sus objetivos prioritarios en el desarrollo técnico e industrial. No pudo nunca alcanzar al capitalismo. Y la guerra fría sirvió en definitiva como estímulo para que el capitalismo norteamericano se desdo-

## LA SEGUNDA GUERRA

### Mundial y la guerra

#### fría le dieron su gran

#### poder; ahora lo reafirma

#### el reto islámico radical

blara en la mayor potencia militar y política del mundo.

Fue precisamente en Afganistán donde se hizo patente que la URSS ya no era una gran potencia. Y allí Estados Unidos le preparó la trampa que había de causar su desintegración. Ahora la población de Kabul asiste con perplejidad a cómo soldados rusos vuelven a la ciudad que les estaba vedada, no con fines militares, bajo el amparo de que el Ejército norteamericano ha terminado con el régimen talibán y lo combate en sus últimos reducidos.

Estados Unidos va ampliando el marceaje de su ámbito imperial. De la misma manera que la competición con la URSS le incitó a agrandar su poder, ahora puede ocurrir lo mismo con el islamismo integrista. Apoyado en principio por los regímenes del mundo islámico pronorteamericanos para contrarrestar a las fuerzas políticas de izquierda, actualmente hace bandera del antiamericanismo. Estados Unidos tiene así al enemigo que había perdido, el cual, por estar presente de una manera difusa en casi todo el mundo, le permitirá combatirlo directa o indirectamente en casi todas partes. Y este combate puede llevarle a imponer su predominio todavía con mayor extensión y profundidad. ●



WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# La caída del tirano

**C**on perdón de quien me lea escribo este artículo en primera persona, algo no habitual en mí. La razón es sencilla: necesito un medio más apropiado para desahogarme, para exponer muy directamente sentimientos más que intentar el análisis de acontecimientos, incluso la expresión de opiniones, lo cual suele ser mi tarea en los regulares comentarios sobre política exterior.

Voy, con la inmediatez de un estado de ánimo, a exponer la vivencia que he compartido con millones de televidentes en todo el mundo: la visión del momento en que unos ciudadanos iraquíes intentaron derribar la estatua de Saddam Hussein en una céntrica plaza de Bagdad y cómo unos soldados norteamericanos les ayudaron a conseguirlo mediante una tanqueta grúa.

He de ser franco: la escena me causó una satisfacción enorme, visceral, de aquellas que van más allá de toda consideración sobre los motivos históricos y políticos que desembocaban en aquel acto. Ver caer aquella estatua típica del mal gusto estético propio de una odiosa tiranía fue un placer. O más que un placer la gratificación íntima de ver representada la justicia en su estado más elemental, en su prístina pureza. Me trajo recuerdos. Especialmente el de los derrocamientos de estatuas de Stalin, también esculpidas con la vulgaridad del llamado realismo socialista que constituía el arte de los regímenes comunistas, negación sistemática de la libertad, que con su mediocre estilo artístico pretendían asegurarse la perduración milenaria en el ejercicio de las formas más inicuas y despreciables del poder. Exactamente lo mismo cabría decir del arte nazi o fascista. Se trata de algo que empareja a las dictaduras. La degradación uniformadora del gusto como procedimiento para aniquilar la iniciativa creadora de la imaginación en la sensibilidad de un país.

He vivido en el siglo XX tantas fórmulas maniaco-obsesivas de suplantar la conciencia de los ciudadanos por modelos de tan obligada como tragicómica idolatría, he aborrecido tanto la agresión a la originalidad crítica, al

libre albedrío y a la verdad que supone la deificación sistemática de líderes considerados providenciales, que soporto mal ver perpetuar estas técnicas humillantes y a la vez sórdidas de imponer la sumisión y el sometimiento con iconografías burdamente sacralizadas. El siglo pasado, mi siglo, fue sometido a terribles sufrimientos, a crueldades sofisticadas, a propósitos torpes y patéticos para someter a los hombres sirviéndose de lo que en el mundo comunista se conoció como "culto a la personalidad". Fue un estigma común a todos



ASTROMUJOFF

los totalitarismos, el símbolo de una de las eras más sombrías de la historia.

Por ello, por haberlo sufrido tanto, siento un estremecimiento de irreprimible asco y repudio ante la repetición de estas experiencias en la entrada de un siglo XXI y un tercer milenio que aún tienen casi en blanco sus páginas. Me turba que los años iniciales vayan todavía manchados por la ignominia de un vicio que envenenó el siglo pasado.

¡Culto a la personalidad! La infamia ritualizada en cultos paganos: el Führer, el Duce, el Caudillo, el Conducator, el Gan Timonel, el Padrecito de los pueblos, y un largo etcétera. Fue como si Europa hubiera tenido el siniestro privilegio de crear un tipo de glorificación

aberrante, extendido a otros continentes, de elevar sobre peanas, en las plazas públicas y calles y colocar en los lugares de honor de los edificios oficiales la efigie de unos dirigentes indignos, culpables de los mayores crímenes en nombre de mitos tergiversados como el pueblo, la raza, la nación, la patria y misiones creadoras de un futuro utópico. Lo que en el Tercer Mundo se tradujo en las abominables dictaduras militares latinoamericanas o las africanas y asiáticas con figuras tan infrahumanas como Pol Pot, Kim Il Sung, Idi Amin, Bocassa y Mobutu.

Todas las convulsiones del siglo XX, sus múltiples causas, se pueden sintetizar en aquellas formas de deificación del líder, el ritual de los gestos que se pretendían magnéticos, la oratoria de la falsedad elevada a promesa mesiánica mediante burdas simplificaciones para la seducción de las masas. Porque en este tipo de regímenes hay un propósito de convertir a los ciudadanos en masa y que sólo exista ésta y el líder, cabeza y guía.

Hay algo perverso en el andamiaje propagandístico que transforma a tipos frecuentemente marginales, antisociales y con rasgos psicopáticos en salvadores de la colectividad. Algunas incluso con una densa tradición cultural y de civilización.

Todavía Europa no se ha replegado del todo de esta tergiversación demoníaca, de estas falsificaciones groseras que fueron impuestas con extraordinaria fuerza. Es una pesadilla que tendemos a considerar borrada de nuestro imaginario pero que renueva su efecto cuando aparece de nuevo en nuestras u otras latitudes.

De ahí que se me abra el ánimo al ver caída la estatua de Saddam Hussein. Como me satisface ver a Milosevic encarcelado y sometido a juicio. Y en su día defendí que Pinochet fuera juzgado en Europa aunque era consciente de que podían tener razón quienes lo consideraban políticamente contraproducente.

En el caso de Saddam, no olvido que intereses no precisamente generosos pueden haber facilitado que unos "boys" norteamericanos pudieran colaborar con ciudadanos iraquíes en derrocar la efigie del dictador en el centro de Bagdad. Soy consciente de que posible-

mente los mismos iraquíes que mostraban su ira contra el icono del tirano podían haber estado días antes aclamándole en las calles de la ciudad como el "rais" benefactor y paternal.

Tampoco se me oculta que los que arrastraban la cabeza de la estatua decapitada por el polvo de la calzada, golpeándola y derramando sobre ella toda clase de improperios, tal vez hoy mismo estén ya pidiendo con agitación e ira que se vayan los soldados norteamericanos. Y que, no muy tarde, posiblemente considerarán que "con Saddam estábamos mejor". Nada de esto me priva del gozo, la alegría y la ilusión de haber visto la imagen del tirano caída, rota, objeto de desprecio.

Tengo muy en cuenta los costes de este mo-

## EL DERROCAMIENTO EN

### efigie de Saddam recuerda

### otros momentos históricos

### de catarsis colectiva contra

### poderes personales inicuos

mento satisfactorio. Las víctimas inocentes, las viviendas en ruinas, el caos del vacío de poder, los días de confusión en ciudades sin luz ni agua, el hacinamiento de heridos en los hospitales carentes de los medios más elementales para su curación. Sé que ha habido violación del derecho, que ha sido una guerra sin aval legal y que no le falta razón al eslogan de los manifestantes pacifistas que denuncian que se ha cambiado "sangre por petróleo".

Ni por supuesto olvido que pocas horas antes, en la misma plaza en que fue derribada la estatua de Saddam Hussein, perdió la vida un periodista español, en circunstancias injustificables, cuando se creía a salvo en el hotel donde residía la prensa extranjera. Pero todo este horror no logra ensuciar la clara imagen de un momento histórico en que iraquíes de a pie daban libre curso a un instinto esencial de libertad, castigando en su efigie a quien les había gobernado sin piedad, un individuo encarnizado en el crimen, a veces masivo, torturador implacable, a quien se veía en las pantallas de televisión invariablemente inconvencional, como si fuera un autista. Sé que a otros muchos tiranos se les preserva de este fin. Lo cual no reduce ni un ápice el contento de ver denigrado al del Iraq baasista.●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# De Normandía a Iraq

**E**l desembarco de los aliados en Normandía el 6 de junio de 1944 fue el principio del fin de la Segunda Guerra Mundial. Pero en el frente oriental, los soviéticos habían comenzado este principio del fin entre diciembre de 1943 y el enero siguiente, cuando la batalla de Stalingrado acabó en una aplastante derrota de la Wehrmacht alemana y el Ejército Rojo comenzó su imparable ofensiva hacia el oeste, que había de acabar con la conquista de Berlín.

De hecho, hubo tres vencedores: Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS. El resto fue una Europa vencida. Todo lo que ha ocurrido en los sesenta años posteriores tiene su origen en esta realidad. La Europa occidental, central, oriental, meridional y balcánica había perdido la guerra de una manera u otra. En según qué casos, se trataba de naciones vencidas dos veces. Por la Alemania nazi, primero. Después, por la URSS. Alemania y Austria, simultáneamente por los soviéticos y por los aliados occidentales. Europa no volvió a ser nunca más como la de antes de la guerra, la de los años veinte y treinta de fugaz liberación de energías en la explosión de un deseo de vivir, de renovación cultural e impulso creador. Una Europa que al mismo tiempo engendró versiones desviadas de esta tensión en el voluntarismo ideológico totalitario.

La Segunda Guerra Mundial terminó con todo esto. De este a oeste, Europa se convirtió en un continente de vencidos. O de vencedores que pasaron a ser vencidos cuando no falsamente liberados. Y quedaban por medio las experiencias terribles del holocausto, los bombardeos masivos, los millones de muertos, de desplazados. Bien pronto esta realidad amarga se tradujo en la división en dos de Alemania y, con ella, de toda Europa: la del Este y la del Oeste.

De hecho, en la Segunda Guerra Mundial hubo un gran vencedor: Estados Unidos. Gran Bretaña, copartícipe con sobrados méritos

en el esfuerzo bélico y la victoria, quedó tan agotada que perdió en el empeño la condición de potencia de primer rango. Lo pagó con la pérdida de su inmenso imperio colonial, en lo cual corrió la misma suerte que naciones vencidas y liberadas como Francia, Bélgica, Holanda e Italia.

A la URSS le ocurrió algo parecido con un retraso de poco más de cuarenta años. Se desintegró. La guerra fría fue, en el fondo, la pugna por ver quién, Estados Unidos o la

se se revelaba el colosal esfuerzo militar de Estados Unidos y Gran Bretaña. Pero sin la aportación norteamericana nada hubiera sido posible.

Churchill se movía probablemente por la intuición de que el ataque frontal decisivo suponía pasarle al aliado de ultramar la antorcha en la lucha final y por eso recomendaba prudentes retrasos en su ejecución y proponía imaginativas operaciones periféricas como la conquista de África del Norte, el desembarco en Italia y hasta un asalto a Noruega o bien atacar en los Balcanes.

De Gaulle no llegó a digerir que Francia había sido derrotada. La retórica gaullista de la "grandeur" de Francia, resentimiento y desaire ante la evidente primacía anglosajona, llevó al general a sacar a su país de la participación militar en la OTAN y a cerrarle el paso a la solicitud del "premier" McMillan de incorporar a Gran Bretaña en el Mercado Común Europeo. Todo en vano.

El río de la historia no fluye inevitablemente en una determinada dirección como algunos dicen creer, pero siempre arrastra limos del pasado. En esto estamos después de sesenta años. Y todavía revivirá en el aire festivo de la reunión de Arromanches, en la cual los vencidos —por primera vez asiste el canciller alemán— se reúnen con los vencedores, los liberados con sus liberadores. Ahora son todos ellos aliados. Hasta varios de

los que estuvieron bajo la dominación soviética. La Europa del holocausto y del telón de acero casi está totalmente integrada en la Unión Europea. Pero hay motivos de incompreensión.

El presidente norteamericano tiene a sus tropas combatiendo en las riberas del Tigris y el Éufrates una guerra muy distinta de aquella de 1944 en la cual el presidente Roosevelt quiso explícitamente que tuviera urgencia preferente el frente europeo sobre el del Pacífico.

Actualmente, Bush tiene planteada una guerra en dos frentes. Uno explícito en Iraq.

Otro, global, inaprensible, contra el terrorismo islamista. Ambas luchas afectan a Europa. La primera porque puede desestabilizar todo Oriente Medio con consecuencias altamente nocivas, de las cuales la elevación del precio del petróleo sólo es una mínima muestra. Basta ver lo que ocurre en Arabia Saudí e imaginar una posible caída de la monarquía. En el segundo combate, internacional, contra el terrorismo islamista, Europa está directamente concernida. Para comprender en qué medida es suficiente unir las dos fechas del 11-S y el 11-M.

¿Va, pues, Bush a Arromanches como invicto capitán de una nueva empresa bélica contra enemigos compartidos con Europa,

---

**A EE.UU., EL RANGO DE  
única superpotencia que  
comenzó a obtener en 1944  
se le está desluciendo ahora  
en la turbia guerra de Iraq**

---

de la que EE.UU. es poderosa punta de lanza insustituible? No, ciertamente. Con la guerra de Iraq, el presidente norteamericano ha desmerecido notablemente el papel de su gran país en relación con lo que supuso en el desembarco del memorable 6 de junio de 1944. En las tierras mesopotámicas ha enfangado a su ejército en una guerra de desgaste y objetivos inciertos. Por si fuera poco, punteada con episodios innobles como las torturas practicadas en la prisión de Abu Ghraib.

En los festejos de este domingo, las buenas palabras entre viejos aliados mal podrán encubrir diferencias y malentendidos. Aunque exista la voluntad de limarlos, Bush, el miércoles, pronunció un discurso previo, en un recinto militar, como le gusta hacerlo tantas veces. Dijo que no aceptará otra cosa que la victoria. Lo cual no quita para que los laureles de Estados Unidos como gran vencedor estén perdiendo lustre y credibilidad. En este junio de cargada agenda diplomática, Bush espera recomponer por lo menos la apariencia de una restaurada cohesión internacional para presentarla como credencial ante el congreso y la opinión norteamericana y con la vista puesta en las elecciones de noviembre. Veremos con qué resultados. ●



ASTROMUJOFF



WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# Derrota y rehabilitación de Europa

**H**oy hace sesenta años que se firmó en Reims la rendición incondicional de la Alemania nazi. Cuenta Jean Lacouture que el mariscal de la Wehrmacht, Keitel, al ver entre los representantes de los vencedores que asistían al acto al general francés De Lattre de Tassigny, expresó su sorpresa: “¿Cómo, los franceses también?”. Era a la vez una expresión de orgullo militar y de desprecio hacia Francia, que había sido vencida por el ejército alemán en 1941 con una facilidad pasmosa y humillante y cuya participación en la victoria sobre el Tercer Reich había sido mínima. El mariscal, que después fue condenado a muerte por el Tribunal de Nuremberg, admitía haber sido derrotado por Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética. No por la Francia que había estado bajo ocupación alemana, y con un régimen colaboracionista, durante más de tres años.

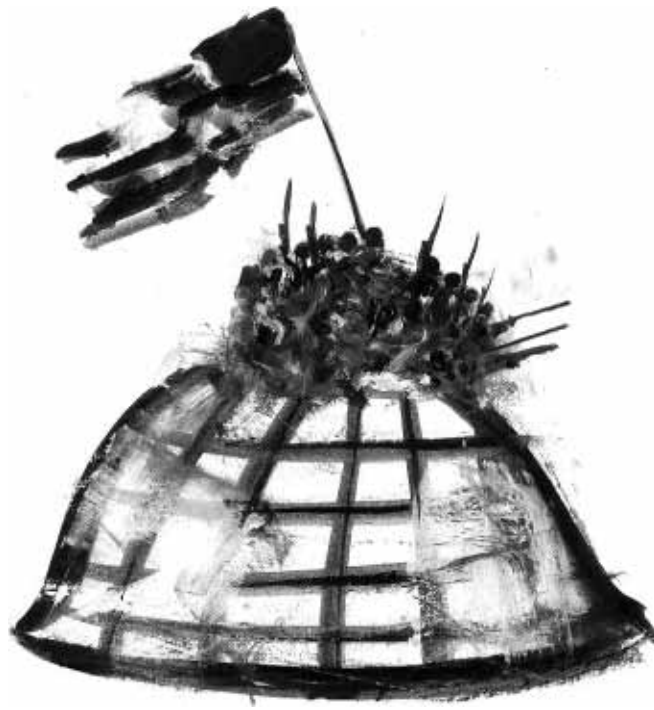
De Gaulle explica en sus *Memorias* que, a las quejas expresadas por él ante el enviado de Roosevelt, Harry Hopkins, porque se tenía marginada a Francia, el norteamericano le recordó la escasa convicción con que los franceses habían resistido a la embestida bélica alemana. Hasta Churchill, que estimaba inconcebible una Europa sin el peso que le correspondía a Francia por su propia entidad, tuvo momentos de duda sobre que hubiera que contar con ella para decidir el futuro después de la victoria.

Son episodios que nos llevan a la pregunta inevitable: ¿quiénes eran los vencedores y quiénes los vencidos en aquel 8 de mayo de 1945? Hay una respuesta difícilmente irrefutable. La guerra la ganaron la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña. La perdieron Alemania, Italia y sus aliados.

Respecto a los vencedores hay que hacer distinciones. La URSS llevó durante tres años el mayor peso en la lucha. Hablan por sí mismos los más de veinte millones de muertos, la destrucción devastadora de su territorio, las enormes pérdidas materiales. Y el esfuerzo denodado de la población, la resistencia heroica que tuvo sus momentos álgidos en Stalingrado y Leningrado. Hechos a los que hay que sumar el avance del Ejército Rojo en la contraofensiva que le llevó hasta Berlín y Viena. Para los rusos fue, por antonomasia, la “Guerra Patriótica-

ca”. Y hay que acoger con respeto la voluntad de Putin de conmemorar mañana la victoria por todo lo alto como una cima de gloria.

También Gran Bretaña tiene motivos de sobra para reclamar la victoria como algo que la enaltece de manera excepcional. Frente a una Europa continental dominada por la Alemania nazi, los británicos quedaron como único baluarte de resistencia, mientras Stalin y Hitler gozaban del reparto respectivo de parte de la Europa oriental por el pacto Molotov-Ribbentrop de agosto de 1939, hasta que el



ASTROMUJOFF

Führer decidió lanzar su furia de fuego y sangre contra territorio soviético en 1941. Y que, en el mismo año, Estados Unidos entró en la guerra por la agresión japonesa en Pearl Harbor. Una intervención bélica que permite atribuir a Estados Unidos el papel determinante en la consecución de la victoria.

En cuanto a la derrota, además de la que vivieron los aliados de Alemania e Italia como Hungría, Rumanía o Bulgaria, hubo naciones que la habían sufrido antes, al ser ocupadas por Alemania, como Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca, Noruega, Yugoslavia o Grecia. Con las excepciones honorables de la llamada Francia Libre y la resistencia, encabezadas por De Gaulle desde el exterior; los resistentes griegos y de la Italia del

Norte; y la liberación de Yugoslavia por los partisanos de Tito. Algunos estados padecieron la derrota por partida doble. Es el caso, por ejemplo, de Polonia y Checoslovaquia, que, después de las calamidades de la dominación alemana, soportaron más de cuarenta años de soviétización.

Vencedores y vencidos. Una cruda realidad que despedazó al Viejo Continente. Y que, si se quiere ser consecuente, no acabó en la rendición de Reims. No sólo por lo dicho anteriormente sobre los países soviétizados, sino porque algunos de los aliados a quienes Estados Unidos y Gran Bretaña liberaron del poder alemán entre 1944 y 1945 –después de ser vencidos por el Tercer Reich en 1941– quedaron en un estado de suma postración. Entraban en la posguerra debilitados, abrumados.

Quedaron en una lamentable situación, de la que les sacó la ayuda del plan Marshall norteamericano. Y la pregunta se plantea otra vez, ineludible: ¿quiénes fueron los vencedores, quiénes los vencidos? Si le añadimos que Gran Bretaña, sola, difícilmente hubiera acabado siendo victoriosa, y que también ella, aunque no fue derrotada, quedó en pésimas condiciones para salir de las cuales necesitó igualmente de la ayuda ofrecida por el presidente Truman, la respuesta está clara: Estados Unidos fue el formidable garante, gestor privilegiado y beneficiario de la victoria.

Quedaba el otro gran vencedor: la URSS, que no aceptó la ayuda norteamericana y extendió su hegemonía todopoderosa hasta el Elba. Era la partición de Europa. Europa, hay que decirlo sin ambages, que se acababa de derrotar a sí misma en dos terribles guerras con poco más de veinte años de distancia. La primera, de 1914 a 1918; la segunda, de 1939 a 1945.

Esto sucedió con las salvaduras, que de poco sirven para desmentir la realidad de fondo, de Gran Bretaña y, por supuesto, la URSS. Que valen poco porque los efectos de la derrota o del coste oneroso de la victoria se hicieron sentir en toda su crudeza con pago aplazado para todos. Fue el derrumbamiento sin remedio de los imperios coloniales. De Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Holanda. Una desintegración imperial de la que la URSS creía haberse librado y que cayó sobre ella, fulminante, desde 1991, haciendo pedazos en cosa de dos años al que había sido imperio de los za-

res. Y arrastrando en la caída hasta al régimen comunista que había llegado a imponer la voluntad de Moscú en media Europa.

La ruptura formidable por el ejército soviético de los asedios alemanes de Stalingrado y Leningrado, las conquistas de Praga, Varsovia, Budapest, Viena y Berlín acabaron pasando una tardía pero costosísima factura a principios de los años noventa. Como había ocurrido –unos treinta años antes– en relación con el éxito de la batalla aérea contra la Luftwaffe de Goering en cielo británico, o la victoria del general inglés Montgomery contra el alemán Rommel en el inhóspito desierto libio de El Alamein.

La Europa occidental recobró vigor econó-

---

## EN LA SEGUNDA GUERRA

---

### Mundial Europa

---

se venció a sí misma

---

por su larga historia

---

de diferencias y hostilidades

---

mico. Tuvo unos años de prosperidad que no había conocido nunca en su larga y compleja historia, de cuya inercia todavía saca dividendos. Pero no recuperó más su papel preponderante en el mundo. Habían llegado a su fin siglos de eurocentrismo. La balanza del poder se inclinó hacia las costas norteamericanas del Atlántico y del Pacífico.

Y en esto estamos, mientras de sus pasadas ambiciones imperiales Europa recibe el reflujo de una inmigración masiva, y asiste, atónita, al brote de nuevos centros de creatividad y poder. Cae como puede su amortiguado declive con mejores resultados que los que eran de esperar después de su aparatosa catástrofe. La dolorosa experiencia de la guerra indujo sabiamente a la creación progresiva de la Unión Europea, instrumento sin precedentes en el pasado que ha servido para integrarse en una insólita comunidad continental que la capacita para desterrar para siempre las incompatibilidades ideológicas, nacionales, religiosas y étnicas que caracterizaron la atormentada historia de Europa. Vivió en el siglo XX la última, desgarradora experiencia del mito de las esencias, de los absolutos contrapuestos. Ahora le conviene afianzar su propio proceso de identidad y proyección en el mundo.●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

# La gran metáfora de la plaza Roja

**E**l lunes pasado Rusia celebró el sexagésimo aniversario de la victoria sobre la Alemania nazi con una gran parada y desfile en la plaza Roja de Moscú, escenario que fue de los espectaculares fastos de la Unión Soviética cuando era segunda potencia mundial. Sesenta jefes de Estado o de Gobierno asistieron al acto. Chirac, en un momento de la ceremonia, dirigiéndose a Putin, levantó el pulgar de la mano derecha en señal de aprobación. Realmente la organización fue perfecta. Se combinaban allí la solemne evocación de una gesta histórica y la afirmación decidida del presente.

Aparentemente el mensaje era muy claro: fuimos grandes, decisivos y tenemos razones para que se tenga que contar con nosotros. Estaba destinado en primer lugar a tocar la fibra patriótica del pueblo ruso para que vea en el régimen de Putin la garantía de que Rusia ni renuncia a su pasado ni se desmoraliza por las adversidades que han caído sobre ella. Muchas, ciertamente, como la desintegración de su inmenso imperio secular, la pérdida de la hegemonía absoluta en media Europa, el cambio radical de alianzas de repúblicas que fueron parte de la Federación soviética, la guerra de Chechenia. Y calamidades de afectación más inmediata como la degradación económica, social y hasta moral que advino tras el derrumbamiento de la Unión Soviética a las cuales Putin quiere poner remedio echando mano de recursos demasiado parecidos a los de antes.

La ceremonia incluía otros significados. Unos explícitos, otros más solapados, ricos en matices. Los siete mil jóvenes soldados que desfilaron portando banderas rojas con la hoz y el martillo del antiguo ejército soviético y los modernos tanques compartieron el propósito de halagar al orgullo nacional con los más de dos mil veteranos sentados en camiones Zis-5 de la guerra, llevando llaves en la mano, y un viejo tanque de los años cuarenta. Así se unían la esperanzadora reserva humana del presente y el legado de un pasado irrenunciable. Cayó la URSS, pero Rusia sigue en pie.

En el manejo de esta doble imagen de continuidad y voluntad de presente se utilizaron,

sin embargo, oportunas salvedades. Los mausoleos de Lenin y Stalin en la plaza Roja estaban discretamente ocultos. Un retrato de gran formato del que fue llamado *Padre de los pueblos* fue retirado. Pero en el desfile pasaron ante los ojos de Bush estatuas de menor tamaño de los dos ídolos de la era soviética. Y en el cielo limpio de la capital una escuadrilla de aviones militares dejó la estela azul, blanca y roja de la actual enseña nacional como para contrapesar el efecto del rojo comunista que sobresalía por encima de los soldados en perfecta alineación.

En palabras de Putin la misiva fue asimismo de doble filo. "Hoy nos encontramos en la necesidad de enfrentarnos al terrorismo, tene-



ASTROMUJOFF

mos que ser fieles a la memoria de nuestros padres, defender un orden mundial fundamentado sólo en la seguridad y la justicia que no consientan la repetición de ninguna guerra ni fría ni caliente".

Bush lo encajó todo sin alterarse, desde el lugar donde los requisitos del ceremonial le habían colocado. En el centro de la tribuna de honor. Él y su esposa Laura junto a Putin y la suya, Ludmila. Los dos, depositarios de la herencia de la suprema victoria. Encarnación de dos poderes que no quieren volver a la experiencia dramática de la II Guerra Mundial ni de la guerra fría, unidos en la lucha contra el terrorismo según la ecuación rusa de terro-

rismo checheno igual al de Al Qaeda. Aunque cada uno fiel a su identidad histórica.

Pero Putin se veía obligado a recibir, sin demostrarlo, un envite más difícil de conllevar. Aquel Bush presente en la plaza Roja acababa de llegar de reunirse en Riga con los presidentes de la repúblicas bálticas ex soviéticas, ahora miembros de la OTAN y de la Unión Europea, que tienen contra Rusia viejos agravios y espinosos contenciosos actuales como las delimitaciones fronterizas y el tratamiento a las minorías de origen ruso.

Y el presidente norteamericano iba a ir el día siguiente a Tiflis, la capital de una Georgia que en noviembre del 2003 vivió la llamada revolución de las rosas, por la cual llegó a la presidencia Mijail Sakashvili, un hombre de 32 años formado en Estados Unidos y convencido de que con las revoluciones pacíficas de su país y la más reciente de Ucrania "una nueva realidad ha surgido en el espacio de la ex Unión Soviética".

Esta realidad es vista con toda suerte de prevenciones en el Kremlin. Hay temor a un efecto dominó en la delicada franja de estados caucásicos. Con efectos tan negativos para Rusia como la construcción de un oleoducto que evitará el paso por territorio propio del petróleo procedente de Azerbaiyán para llevarlo a Georgia y Turquía. Rusia ve amenazado el derecho que se atribuye a mantener relaciones especiales con las antiguas repúblicas soviéticas. El llamado *extranjero próximo*, que sufre cada vez más desgarros. Putin tiene motivos para ponerse en guardia. El paso por Moscú fue para su poderoso invitado norteamericano como una breve pausa en el camino de Riga a Tiflis. En la primera de estas capitales se reunió con los presidentes bálticos para alentarles como aliados en la primera línea de la OTAN. Y en la segunda capital recibió la calurosa acogida de casi doscientas mil personas que enarbolaban banderas georgianas junto a las barras y estrellas estadounidenses. Ante la multitud, Bush ensalzó a Georgia como "faro de la libertad".

Así, por el norte y por el sur, una pinza comienza a cerrarse en torno a Rusia. Bush habla del "viento de 1989, que después de haber abatido el muro de Berlín alcanza ahora desde las regiones de los mares Caspio y Negro al

golfo Pérsico". Pero, más allá de la retórica, pide flexibilidad a los estados bálticos en sus relaciones de vecindad con Rusia. Y recomienda prudencia a los georgianos, que tienen todavía bases militares rusas en su territorio y se enfrentan desde hace años al secesionismo de las regiones de Abjasia y Osetia del Sur, amparado desde Moscú.

La reunión posterior de Putin con los máximos dirigentes de la Unión Europea ha transcurrido por semejantes cauces, aún más realistas. La aproximación a Rusia, principalmente promovida por Alemania, es necesaria. Hay que establecer vínculos, puntos de encuentro. No conviene apartar a Rusia ni hacer de la Unión Europea un coto cerrado. La

---

**EL ANIVERSARIO DE LA victoria se ha celebrado en Moscú como un mensaje patriótico y de cara al ámbito internacional**

---

Europa del Atlántico a los Urales de que hablaba De Gaulle no es sólo un hallazgo imaginativo sino una realidad con solera histórica que ha de ser actualizada mediante la apertura de vías de cooperación. Aunque nada de esto exima de poner por delante reservas sobre el respeto de las libertades y derechos humanos en Rusia.

Es explicable que los estados vecinos de Rusia recelen del viejo autoritarismo imperial, renovado a su manera por Putin. Preguntados los polacos en una reciente encuesta sobre qué temen más, han contestado con amplia mayoría que a Rusia. Tienen motivos sobrados en su memoria para que sea así. Precisamente por esto en las naciones que fueron soviéticas o soviéticas pertenecer a la OTAN y a la Unión Europea es una realidad que viven con alivio o a la cual aspiran –caso de Georgia y Ucrania– como a un futuro de seguridad. En todo caso, Rusia está ahí, en busca de su destino. No se puede ignorar. Y en las celebraciones de Moscú se ha puesto de manifiesto con todas las contradicciones de que se le acusa: gloria y despiadada tiranía, liberación y subyugación de media Europa, connivencia inicial con Hitler y posterior participación esforzada en su derrota. ●



WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL



Carlos Nadal

# Los derechos humanos y la realidad

Levar por delante la bandera de los derechos humanos en la política internacional da ocasión a una infinidad de equívocos. A veces, en nombre de ellos se provocan estragos que desmienten los principios mismos en que tienen su fundamento. Presentarse en la escena mundial como promotor de la libertad, de la justicia, con capacidad para distribuir certificados de buena o mala conducta, puede volverse contra el Estado o el gobierno que lo hace. Le ocurre a Estados Unidos en Iraq. Pero los ejemplos son prolíficos.

Ocurre con frecuencia, además, que el realismo político recomienda el uso de dos pesos y dos medidas. En unos casos, la denuncia de delitos contra estados que no respetan los citados derechos se omite por ineludibles razones de Estado. Políticas, económicas, estratégicas. En otros, en cambio, se vitupera con severas amonestaciones o sanciones de todo tipo. Un Estado, o varios, acusan a un país, un régimen, un gobierno de no ajustarse a la legalidad, de constituir una amenaza contra la paz o del uso de métodos abominables contra la propia población. Pero ante otros casos flagrantes de violaciones de los derechos humanos o amenazas contra otras naciones impera la ley del silencio. Más aún: hay excelentes relaciones, buenos negocios, muestras de amistad y colaboración incluso militar.

Un ejemplo significativo de esta conducta, tan corriente, se ha hecho patente en Londres con la visita oficial del rey de Arabia Saudí, huésped nada menos que de la reina Isabel II en el palacio de Buckingham. Un acontecimiento que ha levantado protestas en la calle, en la pren-

sa, una cierta incomodidad hasta a nivel del Gobierno británico, visible por la ausencia del ministro de Asuntos Exteriores en las reuniones y los actos de respetuosa acogida. La calle es una cosa; Buckingham o el 10 de Downing Street son otra. En la calle hay gente que se manifiesta contra la monarquía saudí porque aplica el rigor de una de las ramas más exigentes de la fe musulmana, el wahabismo,



ASTROMUJOFF

mo, que no destaca precisamente por el respeto de los derechos humanos. Un reino al que se acusa de desarrollar una política sinuosa y polivalente, para algunos oscura incluso respecto al horror del 11-S, Bin Laden, Al Qaeda y otros focos de terrorismo islamista. Pero el Gobierno británico piensa en el petróleo, en los negocios, en la situación estratégica de Arabia Saudí en el explosivo golfo Pérsico donde se proyecta, amenazador, el régimen islamista de Irán, provocativo y al pa-

recer dispuesto a dotarse del arma nuclear. ¿Importa algo que el sistema del chiísmo iraní sea relativamente más democrático, menos represivo y oscurantista que el wahabismo del Protector de los santos lugares de La Meca y Medina?

El reino saudí es uno de los ejemplos más visibles del incómodo posicionamiento internacional de las potencias occidentales. Guía la conducta de éstas el deseo de ejemplarizar con su modelo democrático de libertades y derechos fundamentales. Pero a la vez tienen que dar prioridad a exigentes necesidades económicas y defensivas. Para algunos estados europeos, este paradójico cruce de voluntades opuestas es una vieja historia. Tiene origen en la época de los imperios coloniales. Llevaban a sus dominios de ultramar palabras casi sacras como libertad, voluntad popular, nación. Pero iban allí por el poder y, muy especialmente, la práctica requisita de materias primas. Asegurar una cosa y otra les conducía a negar a los colonizados lo que se magnificaba en la metrópoli. Aportaban medios de la civilización moderna que, evidentemente, podían beneficiar a las poblaciones autóctonas. Pero prevalecía la necesidad de asegurarse su posición de privilegio, si era preciso por la fuerza.

La descolonización de mediados del siglo XX alteró esta situación más formalmente que en la verdadera sustancia. Y esto está actualmente en proceso de cambio, motivo de inquietud para los occidentales. Ahí hay raíces de la conflictividad mundial. Mírese en las más variadas direcciones. Para entender muchos focos de crispación, de amenaza a la paz, de violencia y extremos desarreglos hay una historia colonial europea de la que

Estados Unidos es, en cierta manera, heredero.

No es aceptable simplificar, claro. La historia fue. Con sus luces y sombras. El criterio sobre la época colonial no se puede despachar con algunos trazos ideológicos de brocha gorda. Pero fue extenso e intenso. Y ha traído, trae cola. Ancha, larga.

Bastan para demostrarlo algunos acontecimientos de estos días. La brutal represión del levantamiento popular en Birmania; los lamentables hechos de Chad, con el farisaico dictador Idriss Deby por medio y el trasfondo de la tragedia inhumana de Darfur. Son naciones ficticias a merced de clanes o individuos sin escrúpulos donde poderes despóticos y luchas triba-

**Enarbolar la bandera de la verdadera democracia conduce a veces al uso de una doble vara de medir**

les desangran a poblaciones indefensas. Si esta realidad sale a la luz mediática por un hecho puntual, el comportamiento de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña entra en un barrizal de dudas. Se les culpa si intentan paliar o remediar los efectos del desastre. Les paraliza que tienen intereses propios por medio. Y una China sin escrúpulos respecto a los derechos humanos está pronta a ocupar el lugar de potencia económica en Asia y África.

De muchas maneras el amplio mundo que fue colonizado –problemático y hostil– revierte sus graves disfunciones sobre las antiguas potencias imperiales. Emigración, terrorismo, guerras, intereses económicos en peligro, socorrida incriminación de “imperialismo”. Es un hecho. No se trata de repartir culpabilidades sino de entender qué es válido aportar a este mundo en trance de grandes, a veces agónicos cambios. ●

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL



Carlos Nadal

# El siglo de la guerra total (1)

**A** raíz de la firma del tratado de Versalles, que en 1919 puso fin a la Gran Guerra (1914-1918), uno de sus principales protagonistas, el mariscal francés Foch, dijo que más que el establecimiento de la paz definitiva sería un armisticio para veinte años. Fue tan certera su anticipación que, precisamente en 1939, el 1 de septiembre, estallaba la Segunda Guerra Mundial. Las divisiones motorizadas alemanas entraban como una tromba imparable en Polonia mientras la aviación comenzaba un bombardeo sistemático del país invadido. Dos días después, Gran Bretaña y Francia declararon la guerra a la Alemania nazi. Se cumplen entre pasado mañana y el miércoles próximo setenta años de estos acontecimientos.

Comenzaba así la contienda bélica más mortífera, destructiva y de mayores proporciones de la historia. Lo que el historiador británico Eric Hobsbawm y otros han denominado la "guerra total". ¿Se producía así, de pronto, sin precedentes, una contienda de tan insólita magnitud, la catástrofe mundial que causaría en seis años más de cincuenta millones de muertos? La profecía del mariscal Foch demuestra que no. Cuando terminó la Gran Guerra, veinte años antes, ya se tenía la conciencia de que aquel no había sido un episodio bélico al uso en la Europa de los siglos anteriores. En agosto de 1914 había comenzado la guerra moderna. En ella estaban implícitos todos los elementos que después habían de adquirir un desarrollo gigantesco en la guerra que Alemania comenzó con la invasión de Polonia. Por eso la que se conoció en su tiempo como Gran Guerra pasó a ser la Primera Guerra Mundial. Un nexo de continuidad unía a las dos guerras del siglo XX en una única tragedia. Por eso Hobsbawm escribe de 31 años de guerra como si los veinte de paz entre 1919 y 1939 hubieran sido sólo un intermedio de latente belicosidad. En todo caso, de 1914

a 1945 se configuraron una nueva Europa y un nuevo mundo, totalmente distintos a los constituidos fundamentalmente por los acercamientos y enfrentamientos entre los grandes imperios continentales y coloniales.

Fue tan penosa, tan desgarradora la Gran Guerra que a su término hubo dos tipos de reacciones. Por una parte, el convencimiento de que no podría repetirse. Era el "nunca más". Pero, por otra, el temor de que pudiera tratarse



ASTROMUJOFF

de un anticipo de algo todavía peor. Churchill, en sus memorias de guerra, explica cómo, pasada la Gran Guerra, temía que su fin en 1918 fuera accidental y casi por casualidad. Y que le sucediera otro gran conflicto: una nueva y amplificada guerra de masas, tecnológicamente arrasadora, tanto en los frentes de combate como en la retaguardia, donde armas potentísimas podrían destruir ciudades enteras. Era una adivina-

ción del futuro –Hiroshima y Nagasaki incluidas– inspirada en el terrible aviso de lo que había sido la Gran Guerra de 1914 a 1918.

Bien pronto, en los años de entreguerras, coincidieron, pues, un ansia de paz y el temor de que se viviera simplemente un frágil paréntesis. Fueron los años llamados felices veinte. Pero temores y esperanzas sobresalían sobre un fondo de desengaño, frustración y violencia. Había habido vencedores y vencidos. Los primeros lo entendieron como una merecida supremacía de la justicia y la bondad moral. Se impuso el concepto de culpabilidad del vencido que se tradujo en la descomposición del imperio austrohúngaro y en la mutilación territorial de Alemania, la imposición de costosas reparaciones económicas y humillantes limitaciones en el poder militar de un país mermado así en su soberanía. Alemania caía por esto en el caos y el resentimiento. Los grandes imperios centrales y el ruso se derrumbaron mientras los occidentales, Inglaterra y Francia, se repartieron los restos del imperio otomano en zonas de influencia y recompusieron a su parecer el complicado rompecabezas étnico, lingüístico y nacional que habían constituido el imperio austrohúngaro y la Polonia partida entre este, Alemania y Rusia.

Gran Bretaña y Francia alcanzaban así el cenit de su dimensión imperial y la hegemonía en Europa sin percibir que en realidad el fin de sus grandes imperios coloniales se acercaba irremediablemente y que la guerra acababa de elevar a Estados Unidos –el gran aliado que propició la victoria– a la condición de primera potencia mundial. Tampoco habían previsto que los horribles

trastornos de la guerra iban a engendrar el Estado comunista ruso y los totalitarismos de Alemania, Italia y algunos estados menores de la Europa central y oriental. El resentimiento y el espíritu de revancha en una Europa mal recompuesta por los tratados de paz alzaban su amenaza contra esta.

Y comenzó así la fatídica marcha hacia la Segunda Guerra Mundial en un doble caminar de contraria dirección. De la Alemania nazi, engendro de la violencia, hacia la guerra. De Gran Bretaña y Francia en el empeño de evitarla. El ímpetu y la audacia provocativa y belicista de Hitler y el pacifismo ciego e incommovible del primer ministro británico, Chamberlain, personalizaron el complejo drama que condujo a la catás-

## La primera y la segunda guerras mundiales fueron una misma catástrofe de extrema violencia global

trofe. El *Führer* movió una después de la otra sus piezas: rearme; servicio militar obligatorio; remilitarización del Rin; retirada de la Sociedad de Naciones; anexión de Austria; acuerdos de Munich que le facilitaron la desintegración de Checoslovaquia y creación subsiguiente del protectorado alemán de Bohemia y Moravia. Por su parte, el *premier* fue de claudicación en claudicación hasta la incomprensible de Munich en 1938. Y todavía cuando ya la Wehrmacht había comenzado en territorio polaco la *blitzkrieg* (guerra relámpago) le encomendaba al embajador británico, Neville Henderson, que gestionara una retirada alemana. Europa y el mundo entero iban a pagar a un altísimo precio este doble error: la furia fanática de Hitler y la bienintencionada paciencia de Chamberlain.



WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL



Carlos Nadal

# El siglo de la guerra total (y 2)

**E**staríamos hoy hablando de nuestro tiempo como el de un mundo globalizado si no hubiera habido el precedente de la Segunda Guerra Mundial, que comenzó el primero de septiembre de 1939, hace ahora setenta años? Fue la primera guerra de la historia en la cual se vieron afectados los cinco continentes y los dos grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico. Hay quien remonta la globalización más atrás, a las conquistas y colonizaciones ultramarinas. La creación de los imperios europeos coloniales, especialmente de Reino Unido y Francia.

La Segunda Guerra Mundial no hubiera alcanzado la enorme amplitud territorial que tuvo si los citados imperios no hubieran existido. Si se hubiera limitado a ser una contienda bélica europea. Le habría faltado entonces una de las condiciones que nos permiten referirnos a una guerra total. La que hizo que se extendiera el conflicto a toda Europa, exceptuando a España, Suecia, Suiza y Portugal. Y que, al mismo tiempo, llevó el fragor de las armas en combates de extrema intensidad al norte de África, al Este y Sudeste de Asia. También si no se hubieran producido en 1941 los ataques de la Alemania nazi contra Rusia y de Japón contra la base naval de Pearl Harbor en Hawái, la guerra podía no haber sido mundial. Pero esta suposición vale lo que generalmente todas las ucronías: nada.

La guerra fue total geográficamente. Lo fue, al mismo tiempo, humanamente, como era propio en la era de masas por los millones de combatientes que participaron en la lucha. De muertos, heridos, mutilados, prisioneros. Y, de una manera especialmente deshumanizada, porque las operaciones de castigo desde el aire convirtieron la retaguar-

dia, la población civil, las ciudades, en objetivo directo de una agresividad y una capacidad de destrucción indiscriminadas y sin precedentes. Los alemanes pretendieron ablandar así la resistencia heroica de Inglaterra, y los aliados respondieron en su día arrasando Alemania y Japón. El lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki culminó de manera pavorosa



OSCAR ASTROMUJOFF

este tipo de guerra sin distinción entre las líneas de combate y la población civil. La guerra sin ley. El temblor del drama humano cuando la violencia se desata sin límites, sin atenerse a ninguna norma.

¿Qué había en el corazón del siglo XX que desembocara en esta ausencia de piedad, en este acoso al hombre, el afán de reducir a la nada a millones de personas, a sociedades enteras, a nacio-

nes? Los alemanes fueron despiadados en los territorios ocupados, en Rusia. Y los rusos lo fueron cuando les llegó la hora de las tornas, al entrar en tierra alemana, al conquistar un Berlín en ruinas. Por su parte, el ejército nipón fue brutal en China, el Sudeste Asiático, Filipinas.

Tal vez la expresión más clara de la guerra total fue el principio de acabar con el adversario por completo. El de su rendición incondicional. No hubo negociaciones, treguas, armisticios parciales, búsqueda de compromisos. El conflicto terminó con la ocupación por los aliados de todo el territorio alemán. El reparto en respectivas zonas de gobierno. En Japón, con la presencia de las fuerzas norteamericanas y el mandato, casi el virreinato, del general MacArthur. Y los principales responsables alemanes y japoneses fueron sometidos a juicio. En muchos casos, ejecutados. Los juicios de Nuremberg han pasado a marcar un imborrable precedente histórico.

Era el todo o la nada. El suicidio de Hitler y algunos de sus más altos colaboradores en el búnker de la cancillería del Reich era el fin de los sueños de un régimen nazi para mil años; del dominio de la *herrenrasse*, la raza de señores, sobre los *untermenschen*, los infrahombres del mundo eslavo; de una nueva Europa, forjada por el nazismo. Y probablemente en aquellos suicidios del búnker habría que buscar la raíz de una era de absolutos perversos que, en plena guerra, tuvo su expresión más incomprensible y demoníaca en los seis millones de judíos aniquilados en el holocausto.

¿El fin de la Segunda Guerra Mundial fue el triunfo definitivo del bien contra el mal o el ajuste de cuentas que se venía anticipando desde la Gran Guerra de 1914 a 1918, incluso tal vez desde

la guerra franco-prusiana de 1870? Cabe preguntarse si las frecuentes guerras intraeuropeas, desde el siglo XVIII casi locales y desde luego limitadas, y más aún las napoleónicas, acabaron incubando el engendro de la lucha final a causa del desarrollo progresivo de ideologías maximalistas, de un concepto darwiniano de selección de los más fuertes aplicado a las sociedades humanas, al derecho de las naciones y el desarrollo paralelo de formidables instrumentos de tecnología militar.

La Segunda Guerra Mundial fue también total, por su carácter ideológico. La lucha del nazismo y el fascismo o del imperialismo japonés con las democracias occidentales y, a la vez, del comunismo soviético con la Alemania nazi.

## El conflicto de 1939 a 1945 fue mundial y de una intensidad sin precedentes históricos

Se dirimían ideas totalmente opuestas de tipo social, económico, político. Se trataba de mundos incompatibles que, una vez enfrentados bélicamente, no podían aceptar más que la anulación del adversario. Con la anomalía de que la alianza de la Rusia comunista y las democracias occidentales derivó desde el final de la gran contienda en el largo enfrentamiento del Este y el Oeste en forma de guerra fría.

La guerra total no comportó, pues, el fin de los ajustes de cuentas. Desde finales del siglo XX y en lo que llevamos transcurrido del XXI se han diseminado los enfrentamientos bélicos, sus motivos, las formas de ejecutarlos. No hay guerras totales y globales. Pero la de 1939 a 1945 no aportó la totalidad de la paz mundial que se esperaba ilusoriamente.

WEEK-END POLÍTICO MUNDIAL



Carlos Nadal

# Memoria del muro de Berlín

**P**redrag Matvejevic, escritor de padre ruso y madre croata, en su libro *Mundo ex y tiempo del después* escribe que la revolución comunista rusa fue un intento de conquistar por la violencia el presente histórico que al cabo de poco más de setenta años se volvió súbitamente pasado. Con parecida perspectiva el historiador francés François Furet publicó, a su vez, un análisis sobre la experiencia del comunismo bajo el título de *Historia de una ilusión*. Ahora, al cumplirse veinte años de la caída del muro de Berlín, todavía sorprende el agudo contraste entre un tipo de régimen y de ideología que parecían inmovibles, de una solidez marmórea, compacta, eximida del desgaste del tiempo, y la manera rápida y total de su posterior desmoronamiento.

La URSS y media Europa vivieron casi simultáneamente esta extraordinaria contradicción: la supuesta culminación por el comunismo de una ineludible ley histórica, es decir, una colocación definitiva sobre los railes de la modernidad, que se convirtió en uno de los más visibles procesos de envejecimiento, caducidad y anquilosamiento. Con la paradoja de que precisamente este escamoteo del devenir conllevaba una especie de atemporal perennidad. Los setenta años de la Unión Soviética, los casi cincuenta de los regímenes soviéticos de la Europa del Este y de la mitad oriental de Alemania daban visos de realidad a la aseveración según la cual de los totalitarismos de derechas era posible salir; del comunismo, no.

En el curso de una visita a la Polonia comunista, estando en un cruce de calles de la ciudad de Torun, patria de Co-

pérnico, me vino el vértigo de encontrarme en una cita con el punto en que el tiempo se detiene. Todo tenía alrededor el aire de un pasado lejano que había sido de creación y descubrimiento de la realidad mediante el conocimiento, junto a un tiempo que ya no se movía, ni iba a moverse nunca más. Berlín



ASTROMUJOFF

Este propiciaba otro tipo de sentimientos. Después de la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, era el advenimiento del gran silencio, como la perduración de un terrible pasado del que las huellas no se podían borrar. ¿Pero no estaba vigente en ambos casos el último dramático cisma de Europa?

Se trataba de un mundo cerrado del cual el muro de Berlín era el angustioso símbolo. Era el encierro físico a la vez

que el encierro de las conciencias. La doctrina Brezhnev, que estableció la soberanía limitada de los estados satélites de la URSS, y los tratados de Helsinki, que determinaron la inamovilidad de las fronteras europeas establecidas después de la Segunda Guerra Mundial, venían a asegurar esta situación: que nada se moviera.

El largo debate sobre si la URSS y su mayor satélite, la República Democrática de Alemania, conocieron un importante desarrollo industrial, económico y científico, en tantos aspectos innegable, carece de validez si no se incluye la realidad esencial del citado doble encierro. Por una parte, la mentira, la insostenible imposición de un lenguaje estereotipado, distanciado de la realidad social, es decir, del curso del tiempo. Por otra, la situación de falta genérica de libertad, que incluía un oscuro epicentro: el gulag y las cárceles de la KGB soviética o la Stasi en el caso de la RDA.

Por esto al comunismo europeo se le escapó la modernidad, el tiempo. El asalto multitudinario, repentino, al muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 fue el estallido mágico contra estas carencias durante tanto tiempo encubiertas. Era, de pronto, la verdad. Uno de estos momentos, no demasiados prodigados, en que las muchedumbres comprenden que ha llegado su vez. La de apoderarse de la historia, de hacer suya la actualidad, de quitarse las mordazas. Pudieron hacerlo porque el sistema se estaba hundiendo por sí mismo. Desacreditado, acabado.

Se dijo de aquellos hechos que fueron una revolución que se hizo con los pies. Es decir, con una previa fuga en masa hacia la Alemania Occidental

cuando Hungría abrió la frontera con Austria. También mediante imponentes manifestaciones en Leipzig y Berlín. Sin ni un disparo, ni un acto de violencia, cambió todo. Era la revolución llamada de terciopelo. Entre 1989 y 1991 los estados comunistas de Europa se hundieron. ¿Había sido todo la ilusión de que habla Furet? ¿O es cierto que lo que ha venido posteriormente está marcado por la impronta del después, del ex, como dice Matvejevic?

Seguramente quienes saltaron por encima del muro berlinés lo hicieron atraídos por el espejismo de un Occidente de la abundancia y el consumo que ahora tanto motivo da para la duda y el desencanto. Pero más cierto es aún que, sin saberlo, saltaban de una época a otra.

**Hace 20 años apareció un extenso mundo que se ocultaba en la rígida polaridad Este-Oeste**

Abrían de nuevo el curso de la temporalidad y con ella las incertidumbres del devenir, de lo que viene después. Sus imprevistos, sus riesgos. Se abrió Europa a las posibilidades e imponderables de que participan los 27 miembros de la UE. Pero más espectacular, más impredecible fue el paso a primer plano de una inmensidad de nuevos activos nacionales, regionales y mundiales. La innumerable y variadísima cartografía que se había mantenido oscurecida por la bipolarización Este-Oeste. Tanto bajo el manto de la URSS, como marginada en el mundo al que se denominaba tercero, y que ahora impone su protagonismo. Por los múltiples conflictos locales que se mundializan y por la presencia creciente de lo que, entre sorprendidos y alarmados, llamamos potencias emergentes.